

que consiste en gobernar á los pueblos por derecho de nacimiento. Y para dar á ese derecho hereditario real una apariencia de legitimidad se ha necesitado mantener cuidadosamente en los ánimos la idea de privilegio y proscribir la doctrina que reconoce los mismos derechos á todos los hombres. No hay que añadir que los reyes de Francia jamás pensaron en fundar el reinado de esa santa igualdad. En tiempo de Luis XIV no bastaba ser un hombre de mérito para ser considerado; se necesitaba verse distinguido por el gran rey; eran los rayos de la majestad real los que creaban, por decirlo así, el honor y la gloria. Si Colbert ejerció un gran poder como ministro, no es porque fuese un hombre de genio, sino porque Luis XIV quiso servirse de él, y para ser poderoso el ministro tuvo que comenzar por ser el más humilde servidor del rey, hasta el punto de aceptar las reconvenções de un príncipe que brillaba por una ignorancia tan grande como su vanidad. Tácito habría calificado aquel poder de la burguesía de servidumbre, como medio de dominación. ¡Ejemplo funesto que halló demasiados imitadores! Servir es sacrificar lo más precioso que tiene el hombre, su libertad; después de eso, ¿qué importa que sea ministro? Los esclavos comprados en el mercado de Constantinopla llegan también á ser visires y bajaes, y no por eso son menos esclavos.

En el siglo XVII, la nación no se daba cuenta de la fatal pendiente que la arrastraba; la historia nos ha descubierto el abismo; aquella monarquía que se llama democrática acabó por ser una monarquía absoluta. En vano se niega esto; la doctrina y los hechos lo atestiguan. El presidente Henault declara que la famosa máxima: *Si quiere el rey, si quiere la ley*, ha sido siempre la de Francia; es la traducción de la *ley regia*; ¿y qué otra cosa era ésta más que la abdicación de todo derecho y de toda libertad en favor de la omnipotencia del príncipe? ¿Se cree que el hecho no respondía al principio? ¿Es que había en las costumbres más garantías que en la Constitución? Mirabeau, que conocía por experiencia las dulzuras del antiguo régimen, dice: "La condición de los Franceses no es mejor que la de los Turcos. París no es más libre que Constantinopla," (1). Es acaso una exageración del orador? Bajo Luis XV hubo ciento trein-

(1) MIRABEAU, *Cartas reales de prisión*, t. 1, p. 144.

ta mil cartas órdenes de prisión ó destierro. ¡Ciento treinta mil crímenes contra la libertad!

Ordinariamente se cree que en los antiguos Parlamentos había un espíritu de libertad ó al menos que eran un baluarte contra los excesos del despotismo; es un error. Nosotros no diremos nada de la justicia en el siglo XVIII: Voltaire ha hecho inmortal la horrible crueldad de los jueces que condenaron á Calas y La Barre, así como tantas otras víctimas de la omnipotencia judicial. Hay una época en la historia de Francia en que los magistrados desempeñaron un papel político, y se dice que en las perturbaciones de la Fronde el Parlamento de París se inspiró en el ejemplo que le daba el Parlamento de Londres. Consultemos á uno de aquellos parlamentarios; Talón nos va á decir lo que la magistratura pensaba respecto á la monarquía: "Los soberanos están exentos de los defectos que se descubren en las almas bajas, y los reyes, en la conducta que observan con sus Estados, obran con plenitud de poder y de luces, y su ciencia es un rayo de la sabiduría divina, cuyos resortes nos son desconocidos. Los ángeles elevados sobre el tabernáculo ocultaban sus semblantes por respeto, y las inteligencias que contribuyen al movimiento de los cielos confiesan su ignorancia y su confusión: de este modo deben los grandes de la tierra admirar la conducta de sus príncipes sin tratar de investigar sus juicios; de suerte que, si vemos en el gobierno del Estado algo que nos parezca nuevo, alguna determinación ó instituto sin ejemplo, honremos, sin embargo, los pensamientos y los designios de nuestro soberano; y si las vías de su juicio se nos ocultan, no nos imaginemos por eso que sean injustas," (1).

Hé ahí el lenguaje que usaba un abogado fiscal ante el Parlamento en 1646: es literalmente la idolatría real de Luis XIV. En 1648 no había cambiado el lenguaje; continúa siendo la deificación del rey: "Señor, nosotros honramos á vuestra majestad porque somos Franceses, porque Dios nos ha hecho nacer en una monarquía, y porque su palabra nos lo manda; que los sentimientos interiores de nuestra conciencia nos obligan á creer que los soberanos proceden en el gobierno de sus Estados por los medios que Dios les inspira y con la fuerza de

(1) *Memorias de OMER TALÓN* (en la colección de *Memorias relativas á la historia de Francia*, de PETITOT, serie 2.ª, t. LXI, página 47).

entendimiento y de luces que Dios les comunica, y que no corresponde á sus súbditos el interrogarles ni el pedirles cuenta de sus acciones," (1). Luis XIV siguió á la letra esas máximas de despotismo oriental: cuando el Parlamento le vió entrar en el santuario de la justicia con botas de montar y el látigo en la mano, ¿creyó todavía que los príncipes están inspirados por Dios? Se buscan las causas de la Revolución francesa; pues son la doctrina y la práctica del despotismo real, y en ese sentido podría uno felicitarse de él, como del exceso del mal que conduce al bien. Desgraciadamente el antiguo régimen dió á la nación sentimientos é ideas acerca de la igualdad que se conciliaban perfectamente con un nuevo despotismo: el poder absoluto del pueblo, ejercido unas veces bajo forma republicana, otras bajo una forma monárquica. Ese fué el crimen más grande de la antigua monarquía: no solamente quitó toda libertad á la nación, sino que la hizo incapaz de conquistarla, ó, al menos, de mantenerla despues de haberla conquistado.

§ III.—La igualdad se antepone á la libertad.

I.

Hemos dicho que hay una verdadera y una falsa libertad, y que esta última consiste en identificar la libertad con la soberanía, y que un pueblo puede ser á la vez soberano y esclavo. Esa idea de la libertad es la que reinaba en las repúblicas antiguas; el amor de la libertad que las distingue era realmente el amor de la igualdad, y no de la igualdad de derecho, sino de la igualdad de hecho, del goce del poder. Los partidos que dividían á las ciudades combatían por el poder soberano, y el vencedor lo ejercía en su provecho, dando muerte ó despojando á los vencidos. ¿Á qué condujeron aquellas sangrientas luchas? Á la tiranía. La palabra que expresa los abusos más groseros del despotismo es de origen griego, y, mejor dicho, democrático, republicano. ¿Y cuál fué la causa de la tiranía? ¿Cómo una nación idólatra de la libertad consintió en someterse al yugo de los tiranos? Es que los combates de la aristocracia y de la democracia condujeron á la completa disolución de las

(1) *Memorias de OMER TALÓN* (en la colección de *Memorias relativas á la historia de Francia*, de PETITOT, serie 2.ª, t. LXI, página 232).

ciudades; todas las repúblicas eran víctimas de la violencia. Cuando los aristócratas triunfaban, los demócratas eran oprimidos, desterrados, diezmados; cuando el pueblo era vencedor, su victoria se señalaba con sangrientas represalias. Allí donde reina la violencia sólo la fuerza puede asegurar á los hombres la tranquilidad, comprada, es cierto, á expensas de lo más precioso que aquéllos tienen; pero la tranquilidad, aun á costa de la servidumbre, parece un bien cuando no hay seguridad para la vida ni para la propiedad. Hé aquí cómo una falsa libertad engendró la tiranía en las repúblicas de la Grecia (1).

En Roma se verificó el mismo espectáculo: los Césares fueron los tiranos del pueblo rey. Napoleón dice que Tácito y Suetonio han calumniado á los emperadores, y que aquellos mismos á los que estigmatizan como monstruos eran los favoritos del pueblo. La observación es justa; los Césares fueron los órganos de la democracia victoriosa; y si gozaron de la omnipotencia, es porque se la confirió la nación soberana (a). Ese mismo hecho se reprodujo en el siglo XIX y en circunstancias análogas. ¿Cómo puede ser que un pueblo que se llamaba el pueblo rey haya abdicado su poder y su libertad en manos de un hombre? Es que la sociedad estaba en disolución, lo mismo en Roma que en las ciudades de Grecia; no era una república, eran facciones las que se disputaban el poder y las riquezas; era la lucha de los que nada poseían contra los que lo poseían todo. Quedó el pueblo victorioso; y ¿qué ganó con la victoria? Se dió amos, y esos amos le dieron pan y juegos. Hé ahí otra vez el despotismo con todo lo que tiene de más degradante, procediendo de una república. Los historiadores maldicen á los Césares; hacen mal, dice Napoleón; y, en efecto, es el pueblo el que los ha llamado con sus votos y el que no ha cesado de aclamarles.

En la Edad Media se formaron en Italia repúblicas brillantes que rivalizaron con aquellas que

(1) Véanse mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*, parte segunda, la Grecia.

(a) Así se escribe ahora la historia. Hasta aquí todo el mundo había dicho y creído que César al pasar el Rubicon pidió sólo consejo á su espada y á su ambición, contando con su ejército y sus talentos. Ya sabemos que no; que fué la nación soberana la que le llamó y le traspasó la soberanía para él y sus sucesores. Perdónenos Laurent, pero ese sistema no conduce á nada bueno, ni siquiera á robustecer los derechos del individuo.—(N. del T.)

han hecho ilustres los escritores griegos y latinos. Y ¿á qué condujo aquel movimiento democrático? Á una nueva tiranía y á su consecuencia forzosa, la degradación de una nación poderosa. ¿Cómo la libertad puede conducir á la tiranía y á la degradación? Es que los Italianos, lo mismo que los Romanos y los Griegos, no comprendían bajo el nombre de libertad más que la igualdad, y para ellos la igualdad quería decir que el pueblo soberano ejerciese el poder supremo oprimiendo á los nobles, así como éstos le habían ejercido oprimiendo á las clases inferiores (1). En Italia, como en Grecia, no hubo jamás un pensamiento de conciliación; el partido vencedor desterraba á sus adversarios y se apoderaba de sus bienes; y cuando los vencidos llegaban á ser vencedores, hacían otro tanto. En semejante estado social, la tiranía es inevitable, porque el poder absoluto se ve invocado como un beneficio: procura al menos la tranquilidad á los hombres; beneficio funesto, puesto que va acompañado de la servidumbre. Pero las naciones que sufren ese yugo humillante hacen mal en quejarse de los tiranos; deben quejarse de sí mismas.

Tal fué el destino de la Francia, y ese será siempre el de los pueblos que confundan la libertad con la igualdad y que pidan una igualdad imposible: la de los goces materiales de la vida. Se hace mal en decir que los Franceses desconocen la libertad y que no la desean. Los que atribuyen su propio servilismo á una gran nación que lean la historia del 89 y que se sonrojen de su degradación. ¡Desgraciados! no comprenden la generosidad, el entusiasmo, la virilidad y la grandeza que hubo en aquella incomparable época; reprochan á los hombres del 89 sus ilusiones, su inexperiencia y sus faltas; ¡ah! ¿dónde podrían haber adquirido la experiencia de la libertad? ¿Acaso en el fango del régimen de Luis XV? ¿Cómo no habían de desconfiar excesivamente de la monarquía, cuando al frente de los negocios públicos veían á sus enemigos? En cuanto á lo que se llaman sus ilusiones, ellas son cabalmente las que constituyen su gloria inmortal. Un día vendrá en que la libertad y la igualdad ya no serán ilusiones, y en que los hombres, siendo libres sin dejar de ser iguales, rendirán un homenaje de admiración y de respeto á

(1) Véanse mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*, Roma, parte tercera.

los héroes del 89, que se atrevieron á desear un régimen en que la libertad diese la mano á la igualdad (1).

¿Cómo pudo ser que tanta abnegación y tanto heroísmo fracasasen? Es el curso natural de los acontecimientos, dice A. de Tocqueville: la generación vigorosa que comenzó la Revolución quedó destruida y enervada, como de ordinario sucede á toda generación que acomete parecidas empresas, y después el amor de la libertad se desalentó y languideció en medio de la anarquía y de la dictadura popular. Entonces la nación, aturdida, buscó un jefe y le encontró en un César. Como se ve, la historia de Roma y de Italia se reprodujo en Francia. ¿Y á quién hay que culpar de ello? En 1789, la libertad y la igualdad parecían pasiones igualmente vivas y del mismo modo imperiosas; pero la igualdad era, con mucho, la más antigua y la que tenía más profundas raíces en el genio de la nación. Citarémos en prueba de ello una autoridad irrefragable.

Hablando del espíritu de libertad que reinaba en 89, hemos referido las palabras de un escritor que expió sus ligerezas con una lucha heroica contra el despotismo del Terror. Camilo Desmoulins pagó su denuedo con su cabeza. Hé ahí, pues, un mártir de la libertad. Ya en 89 había hecho oír su voz; fué uno de los primeros en reclamar los derechos del hombre, y colocaba la libertad á la cabeza de los derechos que aquél ha recibido de la naturaleza, es decir, de Dios. Pero ¿qué entendía por libertad? Veamos lo que escribía en la *Francia libre*: "Los Griegos son, sin disputa, el pueblo que ha conocido mejor la libertad; pero ¿se quiere saber en qué la hacían consistir? En la igualdad de condiciones; nada de sátrapas, nada de magos, nada de dignidades ni de oficios hereditarios. Los areopagitas, los pritanos, los arcontes, los éforos no eran nobles, ni los anfictiones eran milores; eran un proveedor, un escultor, ó labrador, ó médico, ó comerciante, orador, artista, filósofo, es decir, un particular..." (2).

Se habla de las ilusiones del 89. No es la libertad lo que era una ilusión, es la idea que de la libertad se había formado, la confusión de la liber-

(1) A. DE TOCQUEVILLE tiene bellísimas páginas dedicadas á los hombres y las cosas del 89 en su libro *El antiguo régimen y la Revolución*, p. 317 y sig., ed. francesa.

(2) CAMILO DESMOULINS, *la Francia libre*, p. 19.

tad y de la igualdad, la igualdad concebida de la manera que existía en Atenas y en Roma. Camilo Desmoulins creyó encontrar la libertad en las repúblicas antiguas; vió muy bien que aquella libertad consistía en la igualdad; pero olvidó que estaba viciada por la esclavitud de la inmensa mayoría de los hombres; olvidó que ni aun los hombres libres eran iguales, puesto que la igualdad no se adquiriría sino con la destrucción de las clases dominantes ó con la opresión del pueblo: la igualdad no era, en definitiva, más que la dominación del soberano. Esa era la igualdad que reinaba en 93 y que Camilo Desmoulins combatió con tanto valor. ¡Y, sin embargo, aquella era la libertad griega, el ideal de los revolucionarios!

El testimonio de Camilo Desmoulins es muy notable, porque pertenece á la escuela de Voltaire más que á la de Rousseau, es decir, que era más inclinado á la libertad que á la igualdad. En cuanto á los revolucionarios que encontraban su ideal en Juan Jacobo, todas sus aspiraciones eran á favor de la democracia, á favor de la igualdad tal como Licurgo la había organizado en Esparta, tal como la había soñado Platon. El que hizo perecer en un cadalso á Camilo Desmoulins era un discípulo de Rousseau. El jóven y brillante escritor puede pasar por el defensor de la libertad tal como la entendían los Franceses el 89, libertad á la griega, democracia, igualdad de condiciones sociales, cosas excelentes adonde están garantidos los derechos del hombre, pero que se convierten en veneno allí donde la verdadera libertad está confundida con la soberanía del pueblo. Y si los mismos mártires de la libertad la buscaban donde no se halla, ¿habrá que extrañarse de que la Francia se extraviara, como se habían extraviado las repúblicas de la Grecia? Las mismas causas debían producir los mismos efectos. En 89, la nación pidió libertad é igualdad. En 93 olvidó la libertad para no pensar más que en la igualdad bajo el bello nombre de república, y la igualdad llegó á ser una pasión destructora que consistía en proibir, por de pronto, á las clases nobles, después á los ricos, y con sus despojos enriquecer á los pobres. En tal concepto, todo propietario venía á ser un aristócrata á quien Babeuf llamaba después un criminal y Proudhon ha llamado un ladrón. Cuando esas falsas y emponzoñadas ideas penetran en las masas, la sociedad se disuelve y perecería si Dios no la

enviase salvadores. Pero ¡ay de la nación que tiene necesidad de ser salvada! Esos salvadores se llaman tiranos en Grecia; y si en Roma y en Francia cambian de nombre, la tiranía continúa siempre la misma. Que la lección aproveche por fin á los pueblos.

II.

¿Por qué no llegaron las repúblicas antiguas á establecer la libertad á que aspiraban? ¿Por qué la igualdad no fué más que la servidumbre de todos bajo la dominación de un partido ó de un hombre? (a). Se puede decir que el genio de la raza es la causa primera, y que por esa misma razón tuvieron tan triste fin las ciudades italianas después de haber admirado al mundo por su heroísmo y su brillante civilización. Pero esta respuesta sirve para justificar á la Providencia, porque las nacionalidades y los caracteres que las distinguen tienen su principio en Dios; mas los designios de la Providencia no justifican á los hombres, y además quedan siendo un misterio para el historiador, el cual solamente puede adivinar lo que Dios quiere, cuando este mismo revela su voluntad por la serie de acontecimientos. Esta ciencia conjetural, si bien nos reconcilia con nuestro destino mostrándonos la mano de Dios en la vida de los pueblos así como en la de los individuos, no nos dispensa de investigar las causas humanas ocasionales de los hechos históricos. Porque la libertad del hombre representa también un papel en la vida de la humanidad; y si esa libertad toma una falsa senda, se necesita que

(a) Si el lector se ha parado un poco á meditar sobre este gran argumento del autor, habrá visto sin duda alguna que es un argumento Aquiles: él mismo se combate y se desvanece. En efecto, igualdad ante la ley y libertad civil son cosas tan hermanas y tan inseparables, que sin exageración ni error pueden llamarse una misma. Donde hay ley, y es ésta la que impera, y es una misma para todos, hay comunión en el mismo derecho, igualdad de condiciones, y de seguro hay respeto para la persona, inviolabilidad del hogar, libertad de ir, de venir y de pensar. Y todo esto lo hay con más seguridad, es decir, todo eso está más garantido cuando es el pueblo, la colectividad de los ciudadanos, el que interviene en el poder público, en hacer la ley, y en velar por su ejecución, porque, como dice el mismo Laurent, la soberanía del pueblo ó nacional es una garantía, y la más sólida, de la comunión en el mismo derecho y de todas las libertades compatibles con la existencia y el orden de la sociedad, que es la primera de las necesidades, puesto que sin sociedad no hay nada humano, y el hombre mismo no sería tal. Los antiguos conocieron eso como lo conocemos nosotros, y no lo realizaron siempre por lo mismo que no lo realizamos nosotros; que todavía duran entre nosotros las mixtificaciones y los fraudes, las mentiras lícitas y las supercherías provechosas, por lo mismo que existen las mismas pasiones y la misma ó mayor oposición de intereses y de opiniones.—(N. del T.)

la historia señale sus extravíos. El fin ideal hacia el cual marchamos y hacia el que debemos aspirar es el que el hombre quiera lo que Dios quiere. Cuando se separa de aquella senda, el historiador debe encaminarle a ella.

Hemos dicho en nuestros *Estudios* sobre la Grecia que fueron las malas pasiones de la aristocracia las que encendieron la guerra en el seno de las ciudades; recordemos el juramento impío que hicieron los aristócratas griegos: "*Serémos enemigos del pueblo y le harémos todo el mal que podamos hacerle.*" Ese juramento fué una tremenda realidad; el homicidio, la proscripción, la confiscación de bienes, tales fueron los medios de gobernar empleados por los oligarcas, después de lo cual no hay que admirarse si el pueblo usó de represalias. Eran éstas para él un derecho, porque las sociedades se hallaban en estado de guerra. El pueblo robaba las casas de los ricos y les desterraba para apoderarse de sus bienes; agobiaba a sus adversarios con impuestos, á fin de empobrecer á los ricos y enriquecer á los pobres; se atribuía el derecho exclusivo á los honores, y no quería confundir su sangre con la de los nobles. De este modo, democracia y aristocracia hacían uso del derecho del más fuerte. El pueblo tenía una excusa, que era la de haber sido oprimido, siendo al opresor á quien hay que acusar y no á la víctima que se vuelve contra la opresión (1).

También en Roma comenzó la lucha de los partidos por la opresión de la plebe y por la insurrección de los plebeyos contra los ricos patricios; ese espíritu de dominación estaba tan encarnado en la sangre de la raza romana, que cuando se estableció la igualdad política entre los dos órdenes, se formó una nueva aristocracia de honores y de riquezas; y esa nobleza, aunque compuesta en gran parte de plebeyos, se mostró tan estrecha, tan orgullosa y tan opresora como el antiguo patriciado. Los pobres volvieron á comenzar su combate contra los ricos, combatiendo menos por el derecho que por la existencia. Los Césares les dieron pan y juegos; hé ahí por qué el pueblo prefirió el despotismo de uno solo al despotismo de una clase ó de una casta (2) (a).

(1) Véanse mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*, parte segunda, la *Grecia*.

(2) Véanse mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*, parte tercera, *Roma*.

(a) Después de la expulsión de los Tarquinos, aún cuando

Las repúblicas italianas reprodujeron rasgo por rasgo el espectáculo de las ciudades griegas: allí también la aristocracia acosó al pueblo, que, una vez victorioso, no encontró límite ni medida á sus venganzas; excluyó á los nobles de los cargos públicos y los declaró, hasta cierto punto, infames, formando *registros de nobleza* donde se inscribían al lado de los gentileshombres á los criminales *condenados á pasar á la clase noble*; el destierro y la confiscación fueron en todas partes usuales. Maquiavelo deplora amargamente el espíritu de dominación que animaba á los dos partidos, y, sin embargo, era así como lo entendían las repúblicas antiguas, de que tan partidario era el político florentino. También fueron los excesos de la nobleza los que perdieron á las ciudades italianas, provocando crueles reacciones que vinieron á parar en la tiranía (1).

La historia de Francia presenta grande analogía con los hechos que acabamos de referir. Ya hemos visto cómo procedió la nobleza dueña del poder; dependía de ella haber representado un papel glorioso en la historia de la libertad, como lo había hecho la aristocracia inglesa; pero en Francia los nobles tenían el orgullo de la dominación, y hablaba en ellos más alto que el amor á la libertad el desprecio con que miraban á las clases inferiores. En la época en que la nobleza de sangre bajaba su cerviz ante el despotismo real se encuentra un escritor aristócrata animado del espíritu de los antiguos Germanos, espíritu de independencia y de libertad. El conde de Boulainvilliers se exalta contra la sujeción que los nobles iban á buscar á la corte. Pero ¿con qué quiere reemplazarla? ¿Acaso con la libertad general? Nada menos que eso: la emancipación y la elevación de las clases populares son para él una piedra de escándalo, una usurpación verificada contra todo derecho. Según él, los nobles descienden de los conquistadores de las

se proclamó la República, el pueblo en Roma quedó más oprimido, mucho más privado de derechos que lo estaba en tiempo de César. Esto es innegable. ¿Por qué entonces no prefirió el despotismo de uno solo al despotismo de una clase? Porque no es cierta la teoría de Laurent. Porque el pueblo no tiene semejantes preferencias. Lo que tiene es que, cuando está enervado, corrompido, cuando no hay resorte en las almas, cuando el hombre es esclavo de sus vicios y de sus pasiones más groseras y más ruines, el despotismo se le viene encima, viene sin que le quieran ni le voten. Eso es lo que ha dicho y dirá siempre la historia. — (N. del T.)

(1) Véanse mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*, parte séptima, el *Feudalismo y la Iglesia*.

Galias, y ellos solos son Franceses y hombres libres; el resto de la población se compone de la turba de los Galos vencidos. El conde de Boulainvilliers se indigna de que los vasallos solariegos hayan sido emancipados, después ennoblecidos por los reyes, y de que, por último, hayan invadido los empleos y las dignidades del Estado, mientras que la nobleza, heredera de los privilegios de la conquista, los haya ido perdiendo uno á uno de seiscientos años á aquella parte. Si se hubiera escuchado al escritor noble, se hubiera restablecido el régimen feudal, que era su ideal (1).

Boulainvilliers tenía, por lo menos, un vivo sentimiento de libertad, aún cuando era la libertad privilegiada de la Edad Media. Pero el resto de la nobleza no tenía ni aún la sospecha de que debiese desempeñar en el Estado un papel político; humilde y esclava ante el rey, era altiva para con el pueblo y opresora cuando tenía el poder: no conocía ni quería más que sus privilegios. Estamos en visperas del 89; la nación entera aspira á un nuevo orden de cosas; ¿entrará en aquel movimiento la aristocracia para dirigirlo? El rey convoca una Asamblea de notables en la cual dominan los nobles; con prudentes concesiones por parte de las clases privilegiadas, tal vez hubiera sido desarmada y evitada la Revolución: Calonne propuso establecer un impuesto territorial que pesara sobre todas las clases. Esto constituye hoy día el derecho común, y nada es más justo en realidad: "Todos los miembros de un Estado, decía el ministro, tienen iguales deberes que cumplir, puesto que tienen igual necesidad de la protección del soberano; el contribuir para el sosten de las cargas del Estado es deuda común de todos; toda preferencia para con unos es una injusticia para con los demás. El derecho de estar exento de contribuir equivaldría al derecho de no ser protegido por la autoridad pública, de no estar sometido á ella, de no ser ciudadano." (1). ¿Se creará que se pronunciaron gritos de execración en los bancos de los privilegiados contra el temerario ministro que tenía la impertinencia de imponerles las mismas cargas que al pueblo?

(1) BOULAINVILLIERS. *Historia del antiguo gobierno de la Francia*.—AGUSTIN THIERRY. *Consideraciones sobre la historia de Francia*, c. II.

(2) *Memoria sobre el impuesto territorial* (*Monitor*, Introducción, p. 139 de la reimpression).

El poeta dice que Júpiter ciega á los que quieren perder; no hay, en efecto, una ceguera igual á la de la aristocracia francesa y á la de la monarquía, su aliada. En el mismo momento en que iba á ser destruida la nobleza hubo una recrudescencia de orgullo nobiliario, como si se quisiera justificar de antemano el odio de la Revolución contra los privilegiados. Oigamos á un escritor nada sospechoso de jacobinismo: "Nunca, dice Mounier, se hicieron más esfuerzos para persuadir que era necesario al buen orden el tener en Francia cien mil personas privilegiadas que, orgullosas de una descendencia verdadera ó supuesta de los antiguos poseedores de los feudos, desdénasen á la posteridad de los hombres apacibles, oprimidos ó sumisos; nunca fué más activo el furor de las genealogías ni jamás se compraron tantas falsas pruebas de nobleza como entonces... Como si el rey no perteneciera más que á esa clase, no se presentaban delante de él más que hombres que podían dar pruebas de nobleza desde el año 1400... Verdad es que los plebeyos obtenían algunas veces el permiso de comprar empleos y dignidades; pero se comenzaba de ordinario por suponerlos nobles y por hacerles extender falsos títulos de nobleza, con la circunstancia de que estos pretendidos nobles se separaban más del pueblo y afectaban más apego á las pretensiones de la clase á que aspiraban pertenecer." (1).

También la monarquía estaba tocada de ceguera. En víspera de una revolución que iba á barrer todos los privilegios, como el polvo del antiguo régimen, se puso á restablecer aquellos mismos que Luis XIV y Richelieu habían abolido, retrocediendo así hasta la Edad Media: "Mientras que la libertad, la igualdad, los derechos del hombre estaban siendo asunto de las deliberaciones de los Condorcet, de los Bailly y de los Mirabeau, el ministro Segur publicó el edicto del rey por el cual se revocaba el de primero de Noviembre de 1750 y se declaraba inhábil para llegar al grado de capitán á todo oficial que no tuviese cuatro cuarteles de nobleza, y se prohibía todo ascenso á los oficiales hijos de pecheros, excepto los que descendiesen de los caballeros de San Luis... Yo he visto, continúa madama Campan, un hombre de lar-

(1) MOUNIER, en MONTGAILLARD, *Historia de Francia después del fin del reinado de Luis XVI*, t. I, p. 263, 264.

ga fecha empleado en la diplomacia, y que tenía hasta el título de ministro plenipotenciario, yerno y sobrino de coroneles, y por su madre sobrino de un teniente general, condecorado con el cordón rojo, y, sin embargo, aquel hombre no pudo hacer que su hijo fuese admitido de subteniente en un regimiento de infantería. El rey decidió también que en adelante todos los bienes eclesiásticos, desde el más modesto priorato hasta la más rica abadía, fuesen único patrimonio de la nobleza (1).

En medio de esa increíble ceguera fué necesario convocar los estados generales. Se agitó vivamente la cuestión de si el número de diputados del pueblo había de ser doble; los príncipes de la sangre, como jefes de la nobleza, elevaron al rey un memorial en que se pronunciaban contra aquella pretensión del tercer estado. Están aterrados, decían; ¿y qué aconsejaban al rey? La política de resistencia que le condujo al cadalso. ¿Y si el rey cedía? Ellos, los príncipes con la nobleza, amenazaban sublevarse: si los derechos de los dos primeros órdenes eran desconocidos, no se presentarían a los estados generales (2). Hasta ese punto llegaba el delirio de la aristocracia.

Vanas amenazas y esfuerzos parecidos a los de los que navegan contra la corriente ó quieren detener el curso del tiempo. El tercer estado dobló su número, y la nobleza compareció á los estados generales, si bien contando con que todos sus privilegios serían mantenidos. Los nobles no querían oír hablar de una nueva constitución; decían en sus poderes que únicamente se tratase de restablecer en su pureza primitiva la antigua constitución (3): era tanto como pedir la dominación de la nobleza feudal y la degradación del tercer estado al de villanos ó siervos sujetos á toda clase de cargas y prestaciones. Y no es esto una exageración ni una caricatura: está acreditado con el testimonio de los contemporáneos que vieron y conocieron al grupo de hidalguetes diputados á los estados generales: "Era necesario oírles, dice madama Stael, hablar de su clase, como si esa clase hubiera existido antes de la creación del mundo. Consideraban sus privilegios, que maldita utilidad te-

(1) *Memorias de MADAMA CAMPAN* (en la Colección referente á la Revolución francesa, de Baudouin), t. I, p. 236.

(2) *Memorias de los príncipes á Luis XVI*, en NETTEMENT, *Nueva historia de la Revolución del 89*, t. I, p. 396, nota.

(3) BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. I, p. 327.

nían más que para ellos mismos, como un derecho de propiedad sobre el cual está fundada la seguridad general... Tenían una fatuidad aristocrática de que en ninguna parte más que en Francia se puede formar idea, mezcla de frivolidad en los modales y de pedantería en la conversación, y todo eso unido al más completo desden á los talentos y á la instrucción, á ménos de que ésta se empleara para renunciar á la razón y convertirse en bestia,, (1).

Lo que madama Stael dice de las pretensiones de la nobleza está confirmado por un acto famoso: el del manifiesto real de 23 de Junio de 1789, tentativa impotente para conciliar la Revolución y el antiguo régimen, manteniendo los pretendidos derechos de las clases privilegiadas. Decíase en aquel documento: "Todas las propiedades sin excepción serán constantemente respetadas, y Su Majestad comprende expresamente bajo el nombre de propiedad los diezmos, censos, rentas, derechos y obligaciones feudales y señoriales, y en general todos los derechos y prerogativas útiles ú honoríficas anexas á las tierras y á los feudos ó á las personas,, (2). Esa declaración no hizo más que comprometer al rey; ¿se creará que también descontentó á los partidarios del antiguo régimen? El rey hacía algunas concesiones al espíritu del 89, y los hidalgos no querían la menor disminución de sus privilegios. Entonces comenzaron á adoptar esa desenfadada táctica que consiste en esperar el bien del exceso del mal. Uno de aquellos señores, el marqués de Ferrières, hombre moderado é inteligente, es el que nos ha revelado aquella criminal conducta de su partido: "Como los nobles y los obispos no tenían más objeto que hacer disolver la Asamblea, afeando todas sus operaciones, léjos de oponerse á los malos decretos, mostraban respecto de ellos una indiferencia que apenas podría concebirse... Creyendo firmemente que el nuevo orden de cosas no subsistiría, en la esperanza de apresurar el término, apresuraban también hasta con impaciencia la caída y la ruina de la monarquía y su propia ruina... Todas esas torpezas procedían de que los obispos y los nobles no querían persuadirse de que la Revolución estaba hecha hacia mucho tiempo en la

(1) MAD. STAEL, *Consideraciones acerca de la Revolución francesa*, parte I.^a, c. XVIII.

(2) LAFERRIÈRE, *Historia de los principios, de las instituciones y de las leyes de la Revolución francesa*, p. 105.

opinión y en el corazón de todos los Franceses, y creían contener un torrente que diariamente se aumentaba con el auxilio de débiles diques, y lo que hacían era acrecentar sus aguas para que ocasionasen más destrozos al encastillarse tercamente en el antiguo régimen, base de todos sus actos y de todas sus oposiciones,, (1).

Cuando aquella miserable táctica fracasó, los nobles emigraron en masa, mostrando por ese medio su impotencia no ménos que su odio al nuevo orden de cosas. Entonces estalló esa oposición hostil de las clases sociales que hemos comparado á una guerra. Se acusa á la Revolución, pero hay que ver quién es el culpable. ¿Fué el pueblo ó fué la nobleza quien encendió la guerra? Sobre esto no cabe cuestión; y si hacemos la pregunta, es para oír la respuesta de los enemigos mismos de la Revolución, por convencimiento ó por interés. El abate de Montgaillard pertenecía á la nobleza y al clero, y, sin embargo, al leer su filípica contra la nobleza se creería estar oyendo á un descamisado del 93: "Ella corre, dice, al otro del Rhin para defender el rey, al rey á quien deja sin defensa en París en mano de los revolucionarios; se apresura y se felicita por solicitar á los gabinetes extranjeros, tan celosos de las glorias francesas, y va á buscar los soldados de esas cortes para desgarrar á la patria común; aplauden los triunfos de los enemigos de la Francia, y acusan á los príncipes y á sus generales de los reveses que experimenta. De este modo concluyen por hacerse despreciables á los ojos de aquellos mismos á quienes van á pedir un asilo. Y eso no les estorba el decir y repetir que de la plena reintegración de la nobleza y de su supremacía depende sólo la dicha de la generación presente, de las futuras y hasta del género humano,, (2).

No se limita á eso sólo el crimen de la nobleza y su responsabilidad, dice un escritor inglés, decidido adversario de la Revolución (3): "Al desertar de su país en los momentos más críticos de sus destinos, dieron los nobles una prueba de imprevisión y de cobardía; de cobardía, porque el deber les mandaba colocarse á todo trance alrededor del rey, en vez de entregarle á un pueblo rebelde; de

imprevisión, porque, al alistarse bajo la bandera del extranjero para combatir contra su patria, separaban de ella su causa y se exponían á la eterna acusación de haber expuesto la Francia á los más grandes peligros por atender únicamente á sus propios intereses. Si alguna cosa favoreció el éxito de los jacobinos, fué la de que tuvieron el motivo de las guerras extranjeras para apelar al patriotismo,, El historiador inglés concluye que la nobleza estaba desprovista de toda capacidad política, reproche el más sangriento que puede hacerse á un partido que se llamaba el primer orden del Estado, pero reproche bien merecido: "El número de los emigrados con sus familias se aproximaba á cien mil personas; era la porción más rica, y en apariencia, la más influyente de la nación francesa. Sin embargo, se vió que aquella nobleza presuntuosa fué del todo impotente para luchar contra la energía y los talentos de la clase media. Desde el principio al fin de la Revolución, el partido realista no demostró más que irresolución y vana temeridad.,

Aún no hemos llegado al fin del acta de acusación que los mismos escritores realistas formulan contra la aristocracia francesa, puesto que la página más fea de su historia es su conducta bajo el imperio. Todo lo había sacrificado, según decía, por defender la autoridad legítima, la causa de los Borbones. Y bien, aquellos mismos nobles que habían abandonado á Luis XVI desertan de Luis XVIII tan luégo como un soldado de fortuna sube al poder y les permite entrar en Francia; se prosternan á los piés de aquel que ha usurpado el trono de San Luis y de Enrique IV (el que habla es el abate de Montgaillard); pretenden las plazas de domésticos en las antecámaras del nuevo César, y le venden sus nombres y su honor. Los emigrados buscan la protección de los regicidas, el apoyo y hasta la alianza de los jacobinos, que han enviado al cadalso á sus familias; mendigan los destinos de los plebeyos; se les halla por todas partes donde hay un sueldo, en las cocinas y en las cuerdas de Napoleón lo mismo que en las oficinas de hacienda. El duque de Rovigo dice que, durante su ministerio, había dado colocación á más de mil quinientos nobles emigrados; era ministro de la policía general (1).

(1) MARQUÉS DE FERRIÈRES, *Memorias*, lib. VII.

(2) MONTGAILLARD, *Historia de Francia desde el fin del reinado de Luis XVI*, t. II, p. 403-405.

(3) ALISON, *Historia de la Europa desde la Revolución francesa hasta nuestros días*, t. III, p. 108 y 109.

(1) MONTGAILLARD, *Historia de Francia desde el fin del reinado de Luis XVI*, t. II, p. 408-405.